

LA HIGIENE DEL ALMA

En mi concepto, los actos y expresiones de los niños, son reflejo fiel del alma de sus padres.

No es mi ánimo entrar en divagaciones filosóficas sobre el alma y sus funciones. Ni soy filósofo, ni soy pedante. Por lo tanto, tal terreno es absolutamente vedado para mí, ya que tengo, a mi modo de ver la buena calidad de no hablar de aquello que no entiendo; costumbre con la que dicho sea de paso, procuro distinguirme de una porción de admirados sabios que gozan del envidiable privilegio de entender de todo. ¡Dichosos ellos!

Abordo hoy pues este tema a título de protesta, ante la compasión que siento hacia los niños, a quienes sus mismos padres procuran incrustar en su cerebro desde su más tierna infancia, las miserias y ruindades de que tan contaminada está por desgracia la sociedad en que vivimos.

Confieso noblemente que no puedo sustraerme en modo alguno al irresistible deseo que siento, de defender a los niños a toda hora y en todo lugar. No puedo olvidar que el niño inconsciente de hoy, es el hombre consciente de mañana, y que to-

dos, absolutamente todos, pero de modo preferente e inexcusable los padres, estamos obligados a defenderles, como seres indefensos que son; siendo la mejor defensa que podemos hacer, la de ennoblecer su alma, impidiendo que a ella tengan acceso las pasiones, los odios, los rencores, elevando constantemente su moral y evitando a todo trance su contaminación con las ruindades que por doquier la rodean.

Esta labor, debe estar en mi concepto encomendada, por orden de preferente obligación, en las siguientes personas; la madre, en cuyo regazo ejecuta el niño los primeros actos de la vida, aprende las primeras nociones del mundo que le rodea, recibe las primeras caricias; el padre, en cuyas rodillas durante las horas del descanso, balucea las primeras palabras, lanza al mundo las primeras sonrisas; el médico, que le recoge al nacer, ordena o aconseja, las primeras prácticas higiénicas, le visita en sus primeras enfermedades; el maestro, quien ha de enseñarle las primeras reglas de urbanidad y de educación, ha de darle a conocer las primeras letras, ha de dirigirle los primeros trazados de la escritura, para poder ponerse más tarde en relación con sus semejantes; el sacerdote, quien primero explorará su alma, encauzándola por el camino del bien, enseñándole la primeras nociones de la moral cris-

iana; la sociedad en fin, que ha de acogerle en su seno, como al hombre de mañana el hombre de quien han de depender nada menos que los destinos del mundo.

¡Cómo no ha de tener capital importancia, higienizar, digámoslo así el alma del niño desde su nacimiento! ¿Y quién es el primer encargado de ejecutar esta trascendental labor? ¿Cuál es el primer eslabón de esta cadena? ¡Los padres! De ahí mi costumbre de juzgar siempre a los padres de un niño, según el estado moral que en éste encuentro,

Un niño mal educado, abandonado por sus padres, mal aseado de cuerpo y de alma, envidioso, atrevido, ladino, que sabe odiar, que distingue de amigos y enemigos, que no ama por igual a todo el mundo, despierta en mí un profundo sentimiento de compasión hacia él, al propio tiempo que una comiserativa y desdeñosa repulsión hacia sus inhumanos progenitores.

En cambio un niño aseado de cuerpo y de alma, candaroso, sencillo, inocente, franco, sin eso que llaman picardías, que no sabe lo que es odio, que no distingue de amigos y enemigos, que desconoce la envidia, que no sabe mentir, que ama a todo el mundo, produce en mi alma una inexplicable sensación de alegría y afecto hacia él, considerándolo al propio tiempo como el más vivo anuncio de la existencia de unos padres buenos y honrados, hacia

— 6 —

ANTONIA. En lo que debe usted pensar, señorito, es en ponerse bueno. Deje que le vea el médico que su hermana le mande, y después ya será ocasión de que usted piense en lo que quiera o deba hacer... Creo haber oído gente por ahí fuera. Voy a ver, y de paso volveré a traerle una taza de caldo.

EMILIO. Que no entre aquí nadie. Dí que estoy descansando, porque sólo tengo deseos de que me dejen en paz.

ANTONIA. (Medio mutis foro). ¿Y si es el médico?

EMILIO. Si es el médico, que pase. ¡Qué le vamos hacer!

ANTONIA. Bien, señorito.

EMILIO. ¡Ah! oye. Si viene mi sobrina, o mi prima Eloísa, que pasen, que quiero hablar con ellas. Esas no me molestan.

ANTONIA. Está bien, señorito. (Vase foro).

ESCENA SEGUNDA

EMILIO (incorporándose en la cama).

Qué circunstancias se le presentan a uno en la vida! ¡Que pícara sociedad! Yo no tengo confianza más que en un médico, que será más bueno o más malo, pero

PERSONAJES

D.^a ELOISA, 68 años.

D.^a CARMEN, 60 años.

CARMENCITA, 33 años.

PETRA, 50 años.

EULOGIA, 60 años.

ANTONIA, (Criada).

HERMANA DE LA CARIDAD I.^a

Id. id. 2.^a

EMILIO, 58 años.

D. JUDAS, 45 años.

ALBERTO, 45 años.

ESCOBÓN, 50 años.

DR. EULOGIO, 30 años.

PRACICANTE, 46 años.

RAMÓN, (Criado. marido de Antonia)

La escena en un pueblo.—Epoca actual.—
Derecha e izquierda la del público.